

## DISCURSO (1)

Señores:

El Centro de Historia de Tunja, docta corporación que hace honor a Boyacá, me comisionó para llevar la palabra en esta solemnidad, encargo que cumplo gustoso, aunque no sin temor, en vista de mi reconocida insuficiencia.

Hacéis bien, señores, en acudir a este histórico sitio en donde vino al mundo el 5 de marzo de 1802, el prócer José Ramón Calderón, una de las glorias más puras de nuestra epopeya emancipadora, hijo esclarecido de esta noble ciudad capital y eximio ciudadano enriquecido por Dios con excepcionales virtudes.

Ningún acto tan sencillo o austero como éste, pero a la vez tan elocuente, por lo sincero y justo. Por medio de esta lápida marmórea que colocáis, llenos de fe y entusiasmo, exultáis la memoria de ese ilustre paladín que formó su espíritu en el taller del más encendido patriotismo; que aprendió a amar, desde sus primeros años, la santa causa de la rebelión; que sintió estallar su pecho de ira al ver a sus hermanos gemir en la esclavitud; que templó su alma grande y generosa en la escuela del dolor; que aquilató una predilección entrañable a los héroes y mártires, cuyos altísimos ejemplos copió sin reserva; que fulguró como un Pelayo en cien combates, atravesando las enhiestas cumbres andinas y desafiando las inclemencias de las pampas orientales, que, en fin, dio brillo a su espada al lado de Bolívar, Santander, Soubllette, Páez, Urdaneta, Montilla, Gómez y Bermúdez.

Educado con esmero en el hogar paterno, joven apasionado por las grandes causas, provisto de carácter y de amor

---

(1) Discurso pronunciado por el doctor Luis Alberto Castellanos, al descubrir la placa de mármol en la casa donde nació el prócer de la independencia, señor general don José Ramón Calderón.

al trabajo, nutrida su inteligencia con la verdad y las sanas doctrinas de Nariño y Camilo Torres, exaltada su imaginación por el verbo encendido de Acevedo Gómez y fortalecido su corazón con el holocausto que de sus preciosas vidas hicieron en los patíbulos Caldas, Camacho, Torres, Umaña, Niño, Vásquez, Montero, Plaza, Linero, Gutiérrez, Otero, Olmedilla y tantos mártires más, que purpuraron con su sangre el manto estelar de la patria, y, sobre todo, atraído irresistiblemente por el genio invencible de la guerra, Bolívar, entró Calderón de lleno a cumplir el deber de gran patriota, acariciando en la mente el mismo altísimo ideal que impulsaba a los libertadores y llevando en el alma por norma de sus acciones, el principio de que el hombre debe trabajar por el bien de los demás. "La Sociedad, decía, es campo dilatado de acción, y por ella hay que luchar, hay que vencer o sucumbir".

Obsecuente con sus elevados principios, le vemos intrépido y gallardo en 1819, haciendo parte de *El Batallón Línea*, a órdenes del teniente coronel Gabriel Lugo; en 1820 en el *Batallón Boyacá*, como teniente; y en el *Batallón Tiradores de la Guardia*, a órdenes de los jefes Heras y Reimbol, hasta 1827; como capitán graduado, guarda-parque de la ciudad de Tunja, desde 1830 a 1832; y como capitán efectivo, mandando una compañía de la Guardia Nacional de Tunja, desde 1840 hasta 1841.

Tocó en suerte, como se ve, al prócer Calderón, figurar en el período más trascendental de la guerra y ser parte integrante en las gravísimas responsabilidades que pesaban sobre todos los que constituían el centro anímico de la revolución, contando con el medio ambiente y las circunstancias del todo adversas a la realización de los redentores propósitos que llevaba escondidos en su mundo interior el Padre de la patria, propósitos magníficos, pero que parecían tan descabellados, según dice García, como los que perseguía el inmortal manchego a golpes de su enmohecida lanza de caballero andante. No, agrega, no era obra fácilmente realizable, ni con mucho, deshacer los entuertos de trescientos años de infecundo coloniaje. La Aldonza Lorenzo de sus sueños parecía más lejana y más difícil de asir que la Dulcinea del héroe de Cervantes. No, no parecía cosa de gente en su sano

juicio la empresa de redimir agrupaciones sociales bien halladas con su existencia uniforme y vegetativa. En su gran mayoría y durante largo tiempo, esas muchedumbres amantadas en un tradicionalismo secular fueron resueltamente hostiles a la causa emancipadora. Si alguna palabra resume la personalidad de Bolívar es ésta: "*Creador*".

En algunos países ultramarinos no se ha tenido una idea clara y completa de la vida social, política y económica de las repúblicas iberoamericanas, y, por lo mismo, han sido injustamente criticadas, sin reparar lo que en su escabrosa evolución cultural hay de positiva importancia y digno de ser justipreciado.

Sólo ascendiendo a los orígenes étnicos de nuestra raza, de distinta procedencia, y haciendo un estudio sereno de los múltiples y heterogéneos factores que convergieron a la formación orgánica de los pueblos latino-americanos, es como se puede juzgar en conciencia lo que son y representan dentro del perímetro de las más refinadas civilizaciones.

En medio del auge de un imperialismo despótico y de una cultura superior, puramente genéricos, producto tenaz y vigoroso de muchos siglos, la raza primitiva fue sorprendida por el altivo y poderoso conquistador español, originándose desde aquel mismo instante la dolorosa universal tragedia entre aquellas dos gigantescas razas que, por obra de los infinitos arcanos de Dios, estaban destinadas a fusionarse, mejor dicho, a unirse para siempre.

Duro maridaje, cuyas consecuencias se han dilatado hasta nosotros, pero al fin necesario, porque de él había de surgir la fecunda prole de héroes y libertadores, concebida en el tinte rojo de la aurora y nacida de las espumas del mar Caribe.

¡Oh casta de Don Quijote, de garras de león e impetuosidades de águila caudal, era menester tu ardor y valentía para castigar con ejemplar escarmiento al tirano opresor y para acaudillar tus huestes indomables que, antes que la fuga, prefirieron caer sobre su escudo, sin lágrimas de ruego, sin una queja, sin un dolor!

Pantano de Vargas, Bonza, Puente de Boyacá, Las Cruces, Carabobo, Monteclaro, Turibita, Cacigua, para no citar más, he ahí, señores, las principales acciones bélicas en que

tomó parte activa el prócer Calderón. En todas brilló su clara inteligencia y puso de relieve sus admirables dotes de patriota y guerrero. Fiel y leal con el Libertador, a quien amaba como a un padre; estricto cumplidor del deber y de las órdenes que le daban sus jefes; vivamente interesado por la suerte y destinos de la Patria, era de los primeros en la liza y de los últimos en retirarse. Saboreó los horrores de la guerra, disfrutó de los goces y honores de la victoria, y alcanzó con lujo de méritos el laurel y el mirto de Apolo.

Sentadas las bases sólidas y definitivas de la libertad de cinco repúblicas, el prócer Calderón, con la satisfacción del deber cumplido, tornó por algún tiempo al hogar, donde le esperaban las caras prendas de su corazón. Desde allí siguió las fluctuaciones y borrascas de la política que amenazaba hacer zozobrar la nave redimida; desde allí contempló también el triste ocaso del Libertador, que herido por la más torpe ingratitud de los suyos, prematuramente envejecido, decepcionado y amargado en extremo al ver que "había arado en el mar", y ante lo imposible o irremediable, enfermo y abatido, rindió la vida, casi abandonado de todos, sintiendo extinguirse en sus oídos el rugido plañidero del mar que se levantaba airado en solemne y eterna protesta contra tanta perfidia.

"En las contiendas civiles Calderón sirvió siempre en favor del gobierno. En la revolución de 1859 y 1860, sostuvo al gobierno de la Confederación; combatió el primero de enero de 1860, en la ciudad de Tunja, acompañado de sus hijos Angel María y Joaquín; en los 7 días de la *Semana de Abril*, siendo comandante del *Batallón Boyacá*, tomó el edificio de San Francisco y otras manzanas de la ciudad de Tunja; en la derrota que tuvo lugar el 7, fue de los últimos que resistieron el empuje; se batió con denuedo en la retirada, quemó el último cartucho en las Vegas de Oicatá, donde fue hecho prisionero. El presidente de la Confederación le dio el ascenso de teniente coronel. Después de esto, fue llevado con sus dos hijos y otros compañeros a Casanare.

El 31 de mayo de 1860, en Labranzagrande, cuando se trató de su fuga, no la aceptó por ningún motivo. Por decreto de 8 de marzo de 1863, se le confirió el grado de coronel efectivo de la Guardia Colombiana. El Estado de Boyacá por la

Ley 3ª de de 1879, le concedió el grado de general. Fue condecorado con la Estrella de Libertadores de Venezuela, el escudo de Vencedores de Carabobo y la Cruz de Boyacá. Falleció en Tunja el 27 de noviembre de 1883. El presidente de la República, el presidente del Estado y la Asamblea Legislativa, le decretaron honores.

Descubrámosnos respetuosos ante esta egregia figura de la Patria, honremos su memoria, ensalcemos sus virtudes y que su vida extraordinaria nos sirva de poderoso estímulo y de noble emulación, para amar y servir a Colombia, tierra santa, tierra bella, madre incomparable que a todos sus hijos nos cobija con su manto tricolor, emblema de paz, de amor y de progreso.

Y, hoy que empiezan las solemnidades del cuarto centenario de la fundación de ésta nuestra ciudad capital, la blasonada ciudad de Carlos V, ciudad de épicas hazañas y gloriosas tradiciones, que arrulló la cuna y nimbó la frente de José Ramón Calderón, saludémosla, ebrios de emoción con el poeta:

*Y tú, ciudad romana,  
Tú, que dispones de la sola llave,  
que abres las puertas fúlgidas del cielo,  
tú de la ciencia mostrarás la clave,  
tú a la belleza arrancarás el velo.  
¡Salve, Tunja, madre fecunda,  
soy de tu seno parte!  
Mi corazón, mis fibras y mis nervios!  
¡Salve, Tunja, próspera madre!  
Tú cubrirás mis huesos  
de flores y hojas con cendal menudo;  
Recibiré tus besos  
y tú serás escudo  
que me proteja en mi final reposo!*

He dicho.

Tunja, 25 de julio de 1939.